

**Proyección pastoral para el mes de Mayo 2014**  
**Un mes para peregrinar de la mano de María al Santuario**  
**“Una red de santuarios vivos”**

**Vivimos un año de gracias, un año de vida en abundancia.** Somos peregrinos. Llevamos peregrinando al Santuario desde que comenzó este año de gracias. Allí María nos espera, nos educa, va cambiando nuestro corazón. En realidad peregrinamos desde que recibimos la fe, desde que el Señor nos mostró el sentido de nuestra vida. Dios nos hizo peregrinos. El peregrino comienza su camino sabiendo hacia dónde se dirigen sus pasos. Conoce la meta. La sueña. Los peregrinos de Emaús iban de regreso a su hogar. Pero sus sueños estaban rotos. En realidad, los peregrinos de Emaús sólo se convierten en peregrinos, cuando dejan su tierra y regresan a Jerusalén. Antes eran sólo caminantes sin esperanza. No es lo mismo caminar que peregrinar. El que camina no tiene clara la meta, va sin rumbo. Peregrinar es caminar hacia la eternidad. Tiene mucho de dejar y mucho de soñar. Consiste en dejar la propia seguridad, la propia tierra y empezar un largo camino. Nos exige dejar atrás los miedos, el peso de la vida, todo lo que nos ata. Se trata de ser capaces de dejar los planes, las posesiones, las tristezas y confiar plenamente en el poder del Dios de la vida. Dejar las llamadas «zonas de comodidad» en las que querríamos instalarnos para siempre. Sí, el peregrino lo deja todo y se pone en camino. Sueña, espera, desea, anhela, busca. El deseo se convierte en el motor de sus pasos. Tiene algo que entregar, tiene mucho que recibir. Por eso espera aquello que aún no posee. El peregrino tiene claro hacia dónde va y sabe que su vida comienza con un primer paso. No importa cuánto dure el camino. Lo que importa es tener la fuerza para dar el primer paso. Y ese primer paso, muchas veces, es el más difícil.

**Somos peregrinos. La Iglesia es peregrina. Schoenstatt es un Movimiento apostólico de peregrinos.**

España es una tierra de santos peregrinos. El caminar forma parte de nuestra vida. No queremos acostumbrarnos a una comodidad estática. Peregrinar nos permite estar atentos, dispuestos a buscar dónde y cómo seguir el camino. El peregrino vive el momento, echa raíces a cada paso, absorbe con ojos de niños la belleza del camino. Cada parada, cada pueblo, cada instante, cada hombre, son importantes, porque todo es de Dios. Todo le pertenece a Él, y por eso le pertenece al peregrino. Todo le importa, nada le resulta indiferente. Por eso es capaz de dejar a los suyos, a los que ama. Aunque, al mismo tiempo, no los deja, porque los lleva en su corazón, los carga en el alma. El peregrino sabe que cada día tiene muchos momentos inesperados, muchas sorpresas. Sabe hacia dónde camina, pero no se agobia pensando en lo que viene, en todo lo que le falta. Eso no es importante. Lo que cuenta es la etapa del día, la cuesta del momento, el hogar en el que va a pasar la noche. El peregrino vive en plenitud el camino, sabe que es el paso necesario hasta la meta. El camino es largo y por eso el peregrino va ligero de equipaje. Sabe que el camino es duro. Deja lo que no necesita y caminando sabe lo que no le hace falta. En la vida cargamos a veces con demasiadas cosas. Vivimos angustiados por lo que tenemos por delante. Sufrimos. El corazón se apega. No quiere perder nada de lo que le pertenece. Guardamos, conservamos, poseemos, nos obsesionamos por el temor a perder.

**El peregrino mira siempre al cielo y por eso no vive abrumado por todo lo que no controla.** Dios camina en su alma. María es su constante compañía. No teme. Confía. Lleva el peregrino los pies descalzos, porque no se ata a normas ni a seguros, porque no pretende imponer a nadie sus normas, sus decisiones, su forma de vivir. Las formas son importantes, pero nos pueden atar y pueden matar el espíritu. El P. Kantenich nos recuerda lo esencial: «*El espíritu crea su propia forma. La forma protege el espíritu pero también acarrea consigo el peligro de consumir, con el tiempo, el espíritu*»<sup>1</sup>. El formalismo puede estancarnos y quitarnos fuerzas, nos puede hacer rígidos y llevarnos a perder la misericordia. Caminar descalzos tiene sus riesgos. Podemos sufrir por el camino. Nos sentimos inseguros y vulnerables. Pero nos da mucha libertad y nos hace respetuosos. Un peregrino descalzo no impone nada, sólo acompaña, muestra el horizonte amplio, da alegría, comparte sueños. El peregrino no va nunca solo, va con otros peregrinos, construye una familia. Siempre busca los puntos que unen, deja de lado las diferencias. Busca acoger al que llega. Sostiene al débil y acompaña al necesitado. El peregrino sabe la meta pero no tiene prisa. No tiene que llegar a una hora determinada. Confía en que cuando llegue, ése será su momento. Es un peregrino del cielo y hace que su paso por la tierra sea un trozo de cielo. El peregrino vive en las alturas echando raíces en la tierra. Ama, se arraiga, vuela. Dios es el hacedor de sus pasos. Es un trepador de alturas. Por eso es que en este año de gracias queremos hacer de nuestra vida un continuo peregrinar. Lo haremos peregrinando al Santuario cada día. Y este mes iremos de un santuario a otro santuario en Madrid. Es un pequeño signo. Queremos pedirle a María que nos haga vivir cada día como peregrinos. Confiar como peregrinos. Y así dejarnos hacer como peregrinos del cielo.

---

<sup>1</sup> J. Kantenich, *El secreto de la vitalidad de Schoenstatt I*, 1952